

LA TRADICIÓN DEL VIENTO

Las palabras nunca tendrán el sabor de la Verdad



JOSUÉ ORTEGA ZEPEDA

LA TRADICION DEL VIENTO

(Josué Ortega Zepeda)

A ti, Hija, Hijo del Viento

*El viento sopla por donde quiere, y aunque oyes su sonido,
no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así también sucede
con todos los que nacen del Espíritu.*

Juan 3 (8-9)

PREFACIO

Expresa la Escritura, el Gran Libro de Subgea, que en el principio fue el ser; y fue completo, sin distinción de género e inmerso en perfección... pero vacío como sólo una cáscara. Entonces, el Supremo, Señor de la Vida, profundamente inconforme, se inclinó ante creatura de sobrado espacio interno para infundirle, a través de un susurro, el propósito de su existencia. Sucedió en ese momento algo inesperado, porque una mitad del ser entendió de cierto modo la inspiración, mientras que la otra parte la interpretó de manera casi opuesta. Así fue la Luna y el Sol, el hombre y la mujer, quienes siendo una sola carne en el principio, fueron partidos por sentidos distintos de la misma Verdad.

Fue así como vino a existir la Tradición del Compromiso: las Hijas del Sol se desposarían con los Hijos de la Luna como emblema del enorme anhelo de comprender el Propósito sin perder la Unidad. Tal vez así, algún día, el Supremo, Señor de la Vida, devolvería el equilibrio y el sentido a todo lo creado. Y la armonía dejaría de ser sólo un rumor.

PRIMERA PARTE

La heredad del Viento

I

La luna bañaba de plata el mundo cuando la jovencita abrió los ojos. Su visión era confusa, desfasada, como sumergida en bruma. Con gran dificultad, ella cambió de posición inclinándose hacia enfrente. Una ronca y hostil vibración la empujó a arrastrarse desesperadamente hacia atrás. Con el pánico encargándose de endurecer vertiginosamente los contornos en derredor, miró un enorme dergho a poco menos de dos metros de distancia. Ya hería el ríspido gruñido de la espantosa y enorme bestia mucho antes de que se le echara encima.

-¡Riakha! -sonó una voz masculina sumergida en la oscuridad.

El fiero dergho retrocedió, dando la espalda a la chica tendida. Aquel que llamara al animal se hizo presente. Luego vino un acto desgarradoramente inverosímil y desconcertante: la fiera, como manso cachorro, se echó sobre el recién llegado. Por unos segundos, ambas figuras se estremecieron como niños traviosos ante la mirada atónita de la joven.

-Chica mala -reprendió el hombre a su bestia mientras le rascaba el cuello-. Te ordené cuidarla, no espantarla.

Las dos figuras se retorcían divertidas, fungiendo de pantalla del halo anaranjado e inquieto de una crujiente hoguera. Por un lado, estaba la bestia, una criatura de pelo hirsuto, ocre, con el tórax inflado de poderosos músculos, con cara achatada, horrible, y con agudos punzones colmándole el hocico. Por el otro lado, había un hombre enorme, casi un gigante, delgado pero musculoso, de morena tez, ataviado con una tosca camisa sin mangas y un faldón desteñido y rasgado en la orla que dejaba al desnudo unos tobillos ceñidos de pulseras metálicas. La joven dudó en decidir cuál de las dos visiones era más intimidante.

-¿Estás mejor? -preguntó el hombre a la joven en un tono afable, increíblemente ajeno a su estampa temeraria.

Por respuesta, la chica se arrojó el pecho con el velludo cobertor.

-No tengas miedo -retomó el diálogo el gigante-. Riakha no te atacaría. Nunca ataca a menos que yo se lo ordene. El mal genio nunca he podido quitárselo. Por eso gruñe.

La chica se sentía en la frontera de la locura. ¿Cómo acreditar la infantil cadencia de las palabras dichas por un bárbaro como ese? El hombre se inclinó haciendo sonar las pulseras en sus tobillos.

-¿Eres una Hija del Sol, verdad? ¿Ibas a tu boda?

Hubo movimiento y luego un tímido quejido. La chica se sobresaltó al descubrir el cuerpo de un anciano recostado en el suelo, en el otro flanco de la hoguera. El salvaje se apuró a acudir junto al viejo y se agachó para escuchar su callada petición. Luego, volvió donde la chica.

-Mi maestro piensa que debería ser menos relajado contigo -masculló el hombre rascándose la nuca despreocupadamente-. Aún debes estar espantada. Me disculpo -hizo una corta pausa, abundante de pequeños sonidos guturales que avisaban inseguridad para elegir las palabras-. Tu dama y tu cochero -dijo al fin-... los asesinaron los Merkats.

Merkats. Salteadores. Fanáticos religiosos que durante siglos habían intentado frenar vanamente la tradición del Compromiso.

Era de esperarse una respuesta alocada por parte de la joven, un arrebató de dolor histérico, pero aunque asustadiza aún, ella, de ninguna forma, dio visos de sentirse apesadumbrada.

-Me llamo Ulther -se presentó el hombre-. No debes preocuparte por tu viaje o tu protección. Quiero ayudarte... si tú quieres -luego se restregó el rostro, zambulléndose nuevamente en la molesta búsqueda de las frases exactas para poder continuar-. No es bueno andar en estas tierras cuando se llega el crepúsculo. Es un riesgo mortal. Tu cochero debió saberlo.

-No era mío -intervino tímidamente la chica cuando Ulther volvía en silencio al lado del anciano-. El cochero y la mujer, eran prestados.

Se acostumbraba que las jóvenes pobres, Hijas del Sol, se vieran en la pesadosa necesidad de ahorrar algo de dinero para contratar los servicios de una carroza -la cual incluía al conductor y una dama de compañía- y así hacer su viaje de bodas.

-Tengo amigos -retomó Ulther desandando sus pasos-, personas buenas que pueden llevarte de vuelta a Astartináh, si así lo quieres.

-No voy a ser humillada -interrumpió la joven, altiva-. No pienso ser la burla ni la vergüenza de los míos. No volveré. Era de esperarse. Ninguna, ni la niña más indefensa y temerosa, sería capaz de desacatar algo tan titánicamente significativo y sagrado como el Compromiso. La muerte era preferible. Esa era la tradición.

Ulther se aproximó a la chica más allá de lo que el espacio personal de cualquiera puede permitirlo, pero su gesto no era atrevido, más bien demostraba pueril ingenuidad. La chica miró bailotear el alma de las llamas sobre aquella faz. Era un rostro extrañamente bello, oval, ancho arriba, angosto y afilado en la barbilla. Ojos oblicuos, pintados de noche, estéticamente paralelos a las curvadas cejas. Los labios carnosos y compactados hacia su centro, trazando un triángulo invertido casi perfecto. La nariz era grande y alargada, estrecha en el ceño, no muy ancha en la base, como una gota escurriendo.

-Nos dirigimos al norte -musitó Ulther-. Ínghepur nos queda de paso. Te llevaré y tu prometido ni siquiera imaginará todo este desastre. Hay suficiente tiempo antes de que empiecen las festividades de la Unión.

Ella se sobresaltó levemente cuando el hombre jaló el cobertor de piel para arroparla mejor.

-Ahora descansa -dijo-. Partiremos antes del amanecer.

La chica se recostó viendo a Ulther andar nuevamente donde el anciano.

-Soy... Loleta -confesó ella.

-Gracias -dijo el guerrero acariciando tiernamente el costado del adormilado viejo-. Ceder el nombre es permitir entrar.

Hacía una noche enrarecida en sus elementos, como sumergida en un hechizo ininteligible. *Es el Designio*, se aseguró Ulther a sí mismo. Lo cierto era que todo se había salido de control. Los salteadores, la carrosa precipitada al barranco, el combate. Aquello era más que demasiado para desquiciar a cualquiera. No obstante, la chica parecía ahondada en una calma pastosa, extraña sin duda, pero nada semejante a la zozobra exorbitante que debería estarle aquejando.

Loleta, se dijo Ulther mentalmente. *Loleta*, repitió con esa obsesión inofensiva de los pequeños. Luego, la danza de las llamas acompañada por la música de las ramas chasqueando, completó el sortilegio de aquella noche. Se quedó profundamente dormido.

II

El general Dzaláh se apoyó en el hombro de su subalterno agazapado.

-Ella conocía los riesgos, Enaá -susurró Dzaláh mientras echaba una mirada al cadáver de una mujer que yacía tumbada ante el arrodillado.

Las cosas tenían que haber sido simples. Sólo era lo de rutina: acorralar la carrosa, asesinar, saquear. Ninguno esperaba que el conductor se resistiera y tratara de escapar, que el carruaje se precipitara por un barranco tras la huida, ni después, que un bárbaro y su bestia, como fieras salidas del infierno, les presentaran batalla resguardando la diligencia volcada.

La confusión aún aleteaba ruidosamente entre los bandidos. Había, ahora, doce hermanos muertos y seis heridos de gravedad.

Nunca olvidarían los ojos del salvaje y de su dergho atacándolos, siendo como dos pares de grietas de fuego hendiendo los cuerpos antes de ser perforados, mutilados definitivamente por sable, dientes y garras.

-Debí haber estado aquí -sollozó el bandido agazapado limpiándose la nariz con el antebrazo-. Pero aún podemos alcanzarlos.

-No habrá persecución que ponga en riesgo el plan -dijo Dzaláh con tosca severidad-. Lo sabes bien, Enaá.

-¿Por qué, Dzaláh?, ¡dime por qué! -gritó Enaá irguiéndose desafiantemente-. ¡Persigámoslos!

Dzaláh pareció aumentar de proporción cuando se adelantó embravecido hacia su subalterno.

-¡Me hastían tus estúpidos sentimentalismos y tus arrebatos de niña histérica! -rugió-. ¡Tu hermana quiso correr el riesgo y perdió! ¡Por el Supremo, Enaá! ¿Entiendes aunque sea un poco la importancia de todo esto? Se trata de dar un verdadero golpe a esa sarta de infieles. Se trata de herirlos de tal modo que no puedan recobrase. Entiéndelo, Enaá, veremos, por fin, sus templos hechos polvo, sus sacerdotes

inmolados y sus blasfemos preceptos arrojados a la hoguera. No podemos deshonrar siglos de tradición y de sacrificio simplemente por tus berrinches. Es tiempo de replantear las cosas con la sangre fría, de buscar otro camino. Nadie debe sospechar.

Enaá tembló, conteniendo el amasijo de salvajes sentimientos.

-Mi hermana, Dzaláh -gimió mientras arrancaba de un tirón el colgante en el cuello del cadáver-. Mi hermana...

-Tu venganza llegará en su momento. Ten paciencia.

Luego, la luz de la luna, por un instante, hizo aún más temibles aquellos toscos y facetados semblantes antes de que desaparecieran fundiéndose con la negrura.

III

El viejo El-Yjah miró al muchacho concentrado en su labor de recolección de hierbas. *Muchacho*, pensó, y luego rió mentalmente al meditarlo bien. Siempre había visto a Ulther como un muchachito, incluso ahora que ya andaba muy próximo a cumplir los treinta.

El-Yjah se reacomodó jalando su chal. Aún recordaba vívidamente el día aquel en que el Designio puso a Ulther en su camino: era una tarde menguante y, acompañado de sus discípulos, el viejo llegó al linde de un hermoso lago. Se echó despreocupadamente sobre un montón de hojarasca mientras sus pupilos, en derredor, ocuparon lugares dócilmente, movidos a escuchar la enseñanza de aquel día. Entonces vino el Designio. El-Yjah pudo sentirlo tan fuerte que tuvo que ocupar gran parte de su energía para no caer en trance. Los discípulos se turbaron casi al grado de salir despavoridos ante la repentina y silente llegada de un hombre enorme y de osco talante. El-Yjah sonrió al extranjero como si le resultara conocido, o más bien, como sonríen los niños pequeños ante lo invisible. Ulther respondió a aquel gesto con la misma frescura y luego se tumbó entre los ascetas. Con la mente ausente de discursos, El-Yjah contempló un lirio de blancura resplandeciente aproximarse a la orilla del lago. La hermosa flor, tiritando por la brisa, se le ofreció sin reservas. El-Yjah no titubeó -como un siervo del Designio no puede permitírselo- y alargó la diestra con la deliciosa flor en ella, muy por encima de su cabeza.

-Somos como esa flor, maestro -se apuró a dilucidar uno de los aprendices-, con las raíces sumergidas en el mundo de la apariencia, pero con el espíritu erguido hacia la libertad.

-No, no es eso -intervino casi interrumpiendo un segundo participante-. La apariencia puede ser bella, esplendorosa, pero la realidad, por grotesca que sea, va en el interior, sumergida en las aguas puras del Universo.

Fue así como, uno tras otro, los pupilos expresaron elocuentemente sus teorías. Ulther se levantó, emergiendo en

medio de las palabras, casi imperceptiblemente, y sin visos de intimidación o respeto, tomó el lirio de manos de El-Yjah para devolverlo al agua. Enseguida, regresó a su gesto infantil y a su sonrisa límpida, mientras, absorto, contemplaba a la coronilla pálida alejarse sobre las crestas del agua.

-La vida es como este lago -dijo El-Yjah frotando amablemente el hombro izquierdo de Ulther-. Nosotros somos como las olas en su superficie: cambiantes en cada segundo, apareciendo y desapareciendo, efímeros. Las olas cambian pero el lago sigue siendo el mismo. No sé por qué te digo esto. Un guerrero como tú debe saberlo mejor que cualquiera. Un guerrero no se preocupa.

Así es, pareció decir Ulther con su simple gesto.

-Sígueme -pidió El-Yjah.

Y desde entonces, el guerrero y el asceta pasaron a ser casi como una sola vida.

-Acércate, amigo -rogó El-Yjah volviendo de sus dulces recuerdos.

El cielo se desnudaba pasmosamente de su manto oscuro para arrojarse de luz.

-El Designio me habla, Ulther -continuó el viejo cuando el enorme guerrero se agazapó reverentemente a sus pies-. El Designio me habla casi con la misma claridad y fuerza que cuando te trajo hasta mí: se ha llegado mi hora... y la tuya también.

-¿Qué debo hacer? -pregunto Ulther, inmutable.

-Con respecto a mí, nada -siguió el anciano conteniendo visiblemente un ataque de tos- Pero, ella, la chica, ella es la que es. No hay otra. Es la heredad del Viento para ti.

El-Yjah se sintió tentado a aclarar, a decir *no me malinterpretes*, pero enseguida fue consciente de que, por un lado, Ulther era un guerrero en toda la extensión de su realidad, y como tal, era hombre de acciones, no de interpretaciones. Por la otra cara, estaba la verdad inmutable de que al Designio no le importaba ser comprendido, simplemente hacía o deshacía con su acción silenciosa, dejando la com-

pleta responsabilidad a los hombres de sacar sus conjeturas.

- ¿Loleta será mi aprendiz?

-La chica -insistió El-Yjah, poniendo énfasis en la nula importancia de su nombre y de lo que ello implicaba-, ella es, así como tú fuiste para mí y fui yo para mi mentor.

-Lo sé -afirmó el guerrero-, sólo lo sé -y se apuró a arropar mejor al anciano.

-¿Sabes? -exhaló El-Yjah reacomodándose-, es costumbre en algunas tradiciones cubrir con una manta a los iniciados. Y a partir de ese momento, quedan cobijados simbólicamente bajo las alas de la Sabiduría. No es coincidencia que tú, ahora mismo, me estés cobijando.

"Discípulo y maestro son términos vagos, imprecisos. Tú me enseñaste más de lo que aprendí en papiros y conventos; y en el sentido estricto, se supone que debió ser al revés."

-Usted es mi maestro -enfaticó Ulther.

-¿Lo soy? -inquirió El-Yjah-. Lo soy -se respondió inmediatamente a sí mismo-, lo soy, mi niño guerrero.

"Ahora, escucha -viró el discurso en otra dirección-. No he escuchado disparate más atroz que el que profesan estas personas, sumergidas en discusiones interminables, en guerras espantosas nacidas de la ilusión de que el Designio tiene un rostro femenino y otro masculino, que es hombre o mujer, sol o luna, agua o fuego.

"Cuando visitas a una familia por el reciente nacimiento de su primogénito, nunca se te ocurriría decir al padre *¿cómo te pareces a este niño!* En cambio, siempre le afirmarás *¿cómo se parece este pequeño a ti!* Así pues, no es el Designio quien se asemeja a nosotros, sino nosotros a Él. Y no sólo la humanidad; la creación entera es Su espejo.

"La percepción incompleta viene en pares: luna y sol, arriba y abajo, aquí y allá. Pero existe un tercer sendero, un camino silencioso: la Tradición del Viento. Lucha siempre, Ulther, sin tregua, por hallar este espacio donde reside la Verdad, ese místico recinto tan a la mano de todos y de todo, y por eso, tan difícil de encontrar. Afánate con la lucha del

corazón para tener la experiencia de que el Designio no es luna ni sol, sino viento: sin fronteras, ágil, incontenible, indescriptible, inviolable, caricia... y destrucción".

Una profunda exhalación concluyó el discurso. El Designio tomó a El-Yjah llevándolo en su último aliento. Ulther no derramó lágrima, no había motivos. Sin embargo, había mucho por lo que estar agradecido con su maestro, y por ello rozó su frente con los labios. Luego, mirando hacia el horizonte, dejó que los primeros rayos del día acariciaran su rostro de guerrero.